



## CARTA

A LAS PRESIDENTAS, DIGNATARIAS Y DEMÁS SEÑORAS DE LAS SOCIEDADES  
CATÓLICAS DE CIUDAD VICTORIA, TULA, TAMPICO Y MATAMOROS.

---

*Amadas Hijas en Jesucristo:*

**D**ENTRO de breves días habrá lucido la primera aurora de ese més delicioso, cuyo recuerdo solo nos hace estremecer de alegría. Los antiguos Romanos le daban el nombre de la falsa diosa á cuyo honor lo consagraban; los cristianos lo designamos con el dulce título de *Mes de María*. En las regiones septentrionales, en que el Invierno por tanto tiempo establece sobre la tierra su lúgubre reinado, en Mayo empiezan á germinar las plantas, en Mayo se visten los desnudos árboles, en Mayo despuntan las flores, en Mayo toda la naturaleza torna á su extinguida fecundidad, en Mayo,

en fin, la risueña Primavera aparece con todas sus galas, y convida á los hombres á gozar de los dones del Creador. En las cálidas comarcas que habitamos, el sol, que de nosotros nunca se aparta, hace que se anticipe la estación florida, y que, cuando en otras partes la nieve cubre todavía montañas y valles, aquí ya las rosas ostentan su abierta corola y las azucenas descuellen gigantes sobre sus tallos; pero no por eso desmerecen los encantos de Mayo, ni deja de ser el mes de María el más dulce, el más risueño, el más atractivo del año. Cuando él nos visita, ha cesado ya de soplar el furibundo viento del Norte que todo lo arrolla en su saña, y los ingratos aguaceros con que viene á bañarnos se han retirado con él á sus antros del apartado Polo. Las lluvias estivas están aún muy remotas; el sol brilla, sin abrasarnos todavía, en el azulado firmamento, cuya pureza no empaña ni una ligera nubecilla; la luna nos alumbra tranquila y hermosa sin dejar sentir su pernicioso influjo. Mansas las olas de la mar, cristalinas las linfas de los ríos, verdes los campos, poblados los huertos, amenos los jardines, frondosos los árboles, alegres las aves, fresco el ambiente, salubre la temperatura, todo nos halaga, todo nos enamora, todo nos fascina; y mientras el mundano se deja adormecer al arrullo halagador de las pasiones, el alma cristiana se despierta al escuchar una voz solemne que le grita con el Esposo de los Cantares: *Fam hiems transiit, imber abiit et recessit surge, amica mea, et veni* (Cant. II, 11).

¿No la oís, amadas Hijas en Jesucristo? A vosotras especialmente se dirige; á vosotras que, imitando á aquellas santas mujeres del Evangelio, no teméis estar al pié

de la Cruz, aunque os insulten los enemigos de Cristo, ni os separáis del tabernáculo en que reposa sacramentado, aunque os quieran apartar nuevos imitadores de los guardias sacrílegos del Santo Sepulcro. A vosotras clama con voz cariñosa el Divino Esposo: Ha pasado el invierno con sus furiosos aquilones; lejos se han apartado tormentas y huracanes, lluvias y tempestades; levantaos, almas privilegiadas; acudid, almas predilectas; venid al templo á adorar á vuestra Reina inmaculada; á venerar á la que es por excelencia Bendita entre todas las mujeres; á postraros ante la imagen de la única creatura que fué madre fecunda sin empañar el brillo de su singular virginidad: *iam hiems transiit, imber abiit et recessit, surge, amica mea, et veni.*

Sí, Hijas mías, acudid; acudid presurosas á rogar á María con centuplicado fervor, en medio de las calamidades que nos afligen. Aunque todo el año hagáis pública profesión de celebrar las glorias de la Virgen Madre; aunque todos los días, obedientes al són de la campana, la saludéis al despuntar la aurora y á mediodía, y al sumergirse el sol en Occidente; aunque todos los meses solemnicéis con la Iglesia las fiestas que en su honor para cada uno tiene designadas, Mayo todo ha de ser de María; este mes han de ser suyos todos los días, todas las horas, todos los instantes; á ella tenemos de consagrar todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras, todas nuestras acciones.

¡Cuán bellas son las prácticas solemnes de especial devoción con que la Iglesia nos estimula á honrar á María en el mes de las flores! Bellas en sus formas exteriores, bellas en su místico significado, bellas en el espíritu que

las anima, bellas en los frutos sobrenaturales que infaliblemente producen. Así en la Basílica suntuosa como en el rústico oratorio, María es la figura más prominente, María es la Reina sin rival; y colocada su sagrada efigie en excelso trono que descuella sobre el altar sacrosanto, coronada de estrellas y alumbrada por brillantes antorchas, arrebatada todas las miradas y hace caer de rodillas hasta á los más indiferentes. Arden en derredor lucientes pebeteros preparados á recibir odorífero incienso, y mil y mil graciosas vasijas aparecen agrupadas á sus plantas reclamando á cada instante frescos ramilletes. Entretanto, al alma piadosa sonrén los labios de la Madre Purísima, y aquellos ojos, para otros inmóviles, la miran con indefinible expresión, y una voz espiritual más sonora que cien trompas guerreras, una voz que penetra hasta el fondo del corazón, se desprende de la divina estatua repitiendo con la Esposa de los Cantares: *Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor; fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore languo* (Cant. II, 5).

¡Ah! ¿Quién de vosotras no la ha escuchado? ¿Quién no se ha conmovido al oír á los coros responder á tan dulce convite, invitándonos á su vez á llegarnos con flores á las plantas de nuestra tierna Madre? ¡Qué espectáculo el que ofrece entonces el templo! Al són de cánticos suaves se acercan reverentes niñas sin mancilla, ceñidas de blancas vestiduras, y ornadas las sienas de candidas guirnaldas. Variados ramilletes estrechan sus pequeñas manecitas, y llegándose á los piés de la gloriosa Virgen, le forman poco á poco trono vistoso de aromáticas flores, mientras otras arrojan en el fuego ricos perfu-

mes, y otras riegan con balsámicas aguas el adornado pavimento. ¡Cuánto goza el alma cristiana al ver en las manos de una niña los lirios y azucenas, emblema de su candor virginal! ¡Cuánto nos consolamos al ver á los piés de María la encendida rosa, depositada por nueva Magdalena, que en cambio de la perdida inocencia le ofrece una caridad ardentísima circundada con espinas de penitencia! ¡Cuál nos agrada la violeta ofrecida por modesta doncella! ¡Cuál nos enamora el arrogante heliotropo presentado por santa matrona, que vive absorta en la contemplación del Sol de justicia!

En verdad, Hijas mías, mientras que las nubes de incienso suben á las bóvedas del templo, mil y mil oraciones ascienden hasta el trono del Altísimo. Mientras que las niñas ofrecen flores crecidas en esta tierra, ¡cuántas otras místicas flores, que han germinado en humanos corazones, van á sostener en su dulce deliquio de amor hacia nosotros á la que es Madre de Dios, al par que Madre de los hombres! ¡Ah! Con razón tan maravillosas conversiones acompañan y siguen á las devociones del mes de María. Con razón la Primavera terrena se torna para muchas almas endurecidas en celestial Primavera, y las que antes producían espinas y abrojos, ahora se cubren de flores de virtudes y ostentan ricos frutos de verdadera penitencia. Es que ahora, lo mismo que en tiempo de San Bernardo, podemos exclamar con igual confianza, fortificada por más larga experiencia: "Jamás, oh piadosísima Virgen María, jamás se ha oído decir en ninguna edad, ni en ningún rincón de la tierra, que el que ha implorado tu socorro, que el que á tí ha vuelto los tristes ojos, ó buscado abrigo bajo tu regio manto, haya sido des-

amparado ó desoido." Es que ahora, lo mismo que hace ocho siglos, podemos dulcemente increpar á la Reina de los cielos, y decirle, á imitación del mismo Padre, con santo atrevimiento: "El que haya recurrido en vano á la Virgen Madre; el que se haya alzado alguna vez de su altar sin que sus oraciones hayan sido escuchadas; el que haya visto que María le ha negado una sola gracia fervientemente implorada; ese, ¡oh Soberana del Empireo! ese deje de pregonar tus misericordias; ese enmudezca cuando se trate de alabarte; ese huya de tus santuarios y rehuse solicitar tu patrocinio."

Pero vosotras, Hijas mías, que habéis tenido mil ocasiones de experimentar los beneficios de María, particularmente en el mes que es suyo por excelencia; vosotras, que apenas habéis clamado á nuestra Madre, cuando vuestras preces han sido escuchadas; vosotras, cuyos deseos han sido por Ella prevenidos; vosotras, ¿no es verdad? celebraréis unidas la época sagrada en que vamos á entrar, con solemne pompa, rito majestuoso, y señalada devoción. A esto se dirigen mis Letras; esto os recomiendo con todo el ahinco de que es capaz mi corazón. Asociaos presurosas á vuestros Párrocos, y si preciso fuere, tomad, laudablemente audaces, piadosa iniciativa; adornad el templo con insólito esplendor; preparad funciones de no conocida solemnidad; ensayad cánticos de nunca escuchada armonía: corred, por último, cual la Esposa de los Cantares, por calles y plazas, y convidad á todos á adorar á María; manifestad á todos vuestro ardiente amor á la Virgen Madre; conjurad á todos á unirse á vosotras y á acudir en tropel á celebrar sus glorias. Pero, sobre todo, así como las niñas que conducís á los

piés del altar entran en inocente lucha esforzándose en llevar cada una el ramillete más vistoso, así vosotras, procurad cada cual, con santa emulación, colocar á las plantas de la Virgen de las vírgenes, quién las violetas más agraciadas de humilde reverencia y perfecta sumisión á María Santísima; quién las rosas más galanas de invariable afecto y amor siempre creciente á la Madre de Dios; quién los jacintos más gallardos de celestial conversación y vida angelical sobre la tierra; quién los lirios más puros de inmaculada castidad; quién, por último, los girasoles más augustos de imitación constante de la Virgen sin mancha. Resplandezca la piedad en todas vuestras acciones, sobre todo en la sagrada presencia de Aquella que vais á adorar. Sea vuestro ropaje modesto, vuestro continente humilde, vuestra actitud piadosa; y á las niñas que conduzcáis á ofrecer flores no dejéis de poner, bajo la guirnalda con que ciñáis su frente, algún velo, siquier ligero, pues á ellas también comprendió el Apóstol en el mandato general: "*En la Iglesia debe la mujer llevar sobre su cabeza, á causa de los ángeles, el pudoroso velo, signo de la potestad que sobre ella tiene el varón.*" (1 Cor. IX, 10.)

Por último, es mi ardiente deseo que en este mes glorioso crezcan y se multipliquen vuestras sociedades católicas en toda la extensión de mi diócesi. Era mi intento fundarlas yo personalmente en todas partes; pero lo que pude hacer en las ciudades principales, no me es posible llevar á efecto en los pueblos cortos, siendo tan rápida mi visita. A vosotras sí es fácil el irros extendiendo por los lugares circunvecinos, especialmente aquellos que carecen de sacerdote, y si, como os ruego, ponéis en jue-

go todo vuestro influjo y vuestras relaciones personales, para fundar en derredor vuestro sociedades semejantes á aquella á que pertenecéis, habréis hecho un gran servicio á la Religión y merecido bien de todo el que se glorie de ser buen mexicano, es decir buen católico y sincero creyente.

Confío, amadas Hijas, que daréis fiel cumplimiento á estos mis encargos, y os recuerdo que el Sumo Pontífice Pío VII, de santa memoria, concedió trescientos dias de indulgencia por cada día de Mayo que en público ó en particular se celebre con devotas oraciones y homenajes á María Santísima, é indulgencia plenaria una vez en el mes, que podrá ganar el devoto de la Virgen gloriosa, el día que confesado y comulgado, óre según la intención de Su Santidad. Yo, en tanto, extrayendo del sacro tesoro de la Iglesia cuanto puede abarcar mi pequeñez, concedo cuarenta dias de indulgencia por cada acto piadoso que ejecutareis en pro de la difusión de las sociedades católicas.

Aceptad, amadas Hijas en Jesucristo, mis fervientes votos por vuestra prosperidad, y recibid la Bendición Pastoral que os envío.

Dado en la residencia episcopal de Ciudad Victoria, la Dominica in Albis, dia vigésimo de Abril del año del Señor de 1873.

✠ IGNACIO,

OBISPO DE TAMAULIPAS.

## EDICTO

ANUNCIANDO LA SEGUNDA GENERAL VISITA DE LA DIÓCESI.